

Anne Enright

**El camino de los Madigan**

Traducción del inglés de  
María Porrás Sánchez

 Siruela

Nuevos Tiempos

*Para Nicky Grene*

PRIMERA PARTE  
**LA PARTIDA**

# Hanna

Ardeevin, condado de Clare

1980

Al rato, después de que Hanna preparara unas tostadas con queso, su madre regresó a la cocina y llenó una bolsa de agua caliente con la tetera grande que había en el fogón.

—Hazme el favor y ve a la tienda de tu tío —le pidió—. Trae analgésicos.

—¿Sí?

—Tengo la cabeza embotada —dijo—. Y pídele amoxicilina también. ¿Quieres que te deletree la palabra? Estoy incubando una gripe.

—Vale —respondió Hanna.

—Seguro que te acuerdas sola —añadió, mimosa, llevándose la bolsa de agua caliente al pecho—. Ya verás.

La familia Madigan vivía en una casa que tenía un riachuelo en el jardín y el nombre en la verja: «Ardeevin». A pie no quedaba lejos del pueblo, más allá del puente de arco y el taller mecánico.

Hanna pasó junto a los dos surtidores de gasolina que montaban guardia a la entrada del taller, que tenía las puertas abiertas de par en par. Pat Doran debía de andar dentro, leyendo el periódico o trasteando en los bajos de algún coche. Junto al cartel oscilante de lubricantes Castrol, había un barril de aceite con un arbolito seco que Pat Doran había ataviado con un par de pantalones viejos y dos zapatos que asomaban de entre las ramas, como si fuera un hombre que agitara las piernas desesperadamente tras haber caído en el bidón. Era de lo más realista. Su madre decía que estaba demasiado cerca del puente, que algún día provocaría

un accidente, pero Hanna lo adoraba. Y le caía bien Pat Doran, a quien supuestamente debían evitar. Les llevaba a pasear en coches rápidos y cruzaban el puente a toda velocidad, como un rayo.

Después del taller de Doran venía una fila de casitas adosadas. Cada ventana exhibía su correspondiente decoración y sus cortinas o persianas características: un barco velero hecho de asta pulida, una sopera llena de flores de plástico, un gato de fieltro rosa. A Hanna le gustaban todas por igual, de la misma manera que le gustaba que el orden se repitiera al pasar. En la esquina de Main Street estaba la consulta del médico y en el pequeño vestíbulo había un cuadro hecho a base de clavos y alambre. La composición se retorció sobre sí misma, a Hanna le encantaba que pareciera móvil e inerte al mismo tiempo, resultaba científico. A continuación aparecían las tiendas: la mercería, con un gran escaparate forrado con celofán amarillo, la carnicería, con las bandejas de carne ribeteadas de hierba de plástico manchada de sangre y, después de la carnicería, el negocio de su tío, que antes perteneció a su abuelo: la Farmacia Considine.

En lo alto del escaparate había una tira de plástico donde se leía «Película Kodachrome a color» y, en el centro y en negrita, «Carretes Kodak». En el extremo volvían a repetirse las palabras «Película Kodachrome a color». En el escaparate habían colocado unos anaqueles de color crema donde exhibían unas cajas de cartón descoloridas por el sol. «Ideal para el niño estreñido», rezaba un cartel en letras rojas de lo más modernas, «Senokot, la elección idónea contra el estreñimiento».

Hanna empujó la puerta e hizo sonar la campanilla. La niña levantó la vista para mirarla: el mecanismo en espiral estaba cubierto de polvo pero la campanilla se limpiaba sola cada vez que sonaba.

—Pasa —dijo el tío Bart—. O entras o sales.

Y Hanna entró. Bart estaba solo en el mostrador mientras una mujer con una bata blanca trajinaba en la trastienda, donde Hanna tenía vetado el acceso. Antes de conseguir un trabajo en Dublín, Constance, la hermana de Hanna, atendía el mostrador. Ahora andaban cortos de personal, cosa que irritaba soberanamente a su tío, como demostraba la miradita que le lanzó a Hanna.

—¿Qué es lo que quiere ahora? —preguntó.

—Mmm. No me acuerdo —dijo Hanna—. Algo para el pecho. Y analgésicos.

Bart le guiñó el ojo. Lo hacía de tal manera que el resto de la cara no se movía. Era difícil probar que hubiera hecho guiño alguno.

—Coge una pastilla de regaliz.

—Prefiero uno de estos —contestó Hanna. Hurgó en una lata de caramelos de violeta que había delante de la caja registradora y luego se sentó en la silla con ruedas.

—Analgésicos —repitió él.

Su tío Bart era atractivo, como su madre, ambos habían heredado los huesos largos de los Considine. Cuando Hanna era pequeña, estaba soltero y era un rompecorazones, pero ahora se había casado con una mujer que ni siquiera pisaba la farmacia. A él le enorgullecía su actitud, aseguraba Constance. Ahí le tenía, pagando a dependientas y ayudantes, mientras su mujer tenía prohibido el paso por si se le ocurría reírse del estreñimiento crónico del sacerdote. Bart tenía una esposa completamente inútil. No había tenido hijos pero sí poseía una preciosa colección de zapatos de todos los colores, cada uno con su bolso a juego. A juzgar por cómo la miraba Bart, Hanna habría asegurado que la odiaba, pero su hermana Constance le había contado que ella tomaba la píldora porque, al ser farmacéuticos, eran de los pocos que tenían acceso a ella. Afirmaba que lo hacían dos veces todas las noches.

—¿Cómo están todos? —se interesó Bart mientras abría una caja de analgésicos Solpadeine y sacaba el contenido.

—Bien —dijo ella.

Tanteó el mostrador como si buscara algo y preguntó:

—¿Tienes tú las tijeras, Mary?

En medio del establecimiento había un nuevo expositor que contenía perfumes, champús y acondicionadores. En las baldas de abajo había otros artículos y Hanna se dio cuenta de que había estado mirándolos fijamente cuando su tío salió de la trastienda con las tijeras. No se dignó a darse por aludido, ni siquiera pestañeó.

Luego cortó el blíster por la mitad.

— Dale esto —le dijo, entregándole solo cuatro pastillas—. Dile que lo del pecho otra vez será.

Sería alguna clase de chiste.

— Lo haré.

Hanna sabía que era el momento de marcharse, pero la distrajeran las nuevas baldas. Eran frascos de colonia 4711 y espuma de baño marca Imperial Leather en cajas de cartón granate y crema. Había un par de frascos de perfume Tweed y otros que le resultaron nuevos. «Tramp», se leía en una etiqueta, con un trazo limpio en lugar del palito de la te. En la balda intermedia los champús no trataban la caspa, sino que evocaban escenas soleadas y melenas al viento: Silvikrin, Sunsilk, Clairol Herbal Essences. En el anaquel inferior vio unos esponjosos paquetes de plástico que identificó como algodones. Cogió Cachet de Prince Matchabelli, un frasco oblongo y enroscado, y aspiró justo donde el tapón se encontraba con el cristal frío.

Notó que su tío la miraba fijamente con cierta pena. Aunque quizá fuera con placer.

— Bart —le dijo—. ¿Crees que mamá está bien?

— Oh, Dios santo —exclamó Bart—. Pero ¿qué estás diciendo?

La madre de Hanna estaba acostada. Llevaba en cama casi dos semanas. No se había vestido sola ni tampoco peinado desde el Domingo de Ramos, hacía una semana, cuando Dan les contó que quería ordenarse sacerdote.

Dan estudiaba primero de carrera en Galway. Le permitirían finalizarla, les contó, pero lo haría desde el seminario. Así, en dos años habría terminado la universidad y en siete sería ordenado sacerdote. Después le enviarían a las misiones. La decisión estaba tomada. Se lo anunció cuando regresó a casa para las vacaciones de Semana Santa y su madre subió al piso de arriba y ya no bajó. Aseguraba que le dolía el codo. Dan dijo que se marcharía después de empaquetar sus escasas pertenencias.

— Vete de tiendas —le decía a Hanna su padre.

Pero no le daba dinero y ella no quería comprar nada. Además, temía que pudiera pasar algo si se marchaba, que se liarían

a gritos. Dan no estaría cuando regresara. Nunca volverían a pronunciar su nombre.

Pero Dan no se marchó, ni siquiera a dar un paseo. Se quedó en casa, sentado en un silla, luego en otra, evitando la cocina, aceptando o rechazando un té. Hanna le llevaba de vez en cuando una taza a su habitación con algo de comer en el platillo. A veces le daba un bocado y Hanna se lo terminaba de regreso a la cocina. Al roer la corteza de pan duro sentía un aprecio renovado por su hermano, allí enclaustrado.

Dan era tan infeliz. Hanna solo tenía doce años y le resultaba horrible ver a su hermano recluido, esforzándose por encontrar sentido a sus creencias. Cuando Dan estaba aún en el instituto, solía leerle los poemas de su clase de literatura inglesa, luego hablaban sobre ellos y sobre infinidad de cosas. Su madre también lo diría más tarde. Diría: «Yo le contaba cosas que no le contaba a nadie más». Estas palabras le sonarían a broma a Hanna, porque su madre no se callaba casi nada. No se podía decir que les ahorrara nada a sus hijos.

Hanna culpaba al papa. Había estado de visita en Irlanda justo antes de que Dan se marchara a la universidad y era como si lo hubiera hecho adrede, puesto que la misa de la juventud se celebró en Galway, en el hipódromo de Ballybrit. Hanna asistió a otra misa en Limerick que se celebró en mitad del campo, se pasó seis horas de pie con sus padres, pero a su hermano Emmet le dejaron ir a Galway también, aunque solo tenía catorce años y se suponía que tenía que tener dieciséis para asistir a aquella misa. Se marchó en un minibús fletado por la iglesia del pueblo. El cura se llevó un banjo y, al volver, Emmet sabía fumar. No distinguió a Dan entre la multitud. Les contó que vio a dos personas manteniendo relaciones sexuales en un saco de dormir, pero eso fue la noche anterior, tras acampar en unos terrenos; no supo decirles a sus padres dónde exactamente.

—¿Dónde dices que estabais? —preguntó el padre.

—No lo sé —dijo Emmet.

No mencionó lo del sexo.

—¿Era un colegio? —insistió la madre.

—Eso creo —respondió Emmet.

—¿Más allá de Oranmore?

Durmieron en tiendas, o al menos lo intentaron, puesto que a las cuatro de la mañana tuvieron que levantar el campamento y se dirigieron al hipódromo en la más absoluta oscuridad. La gente caminaba en silencio. Era como el fin de una guerra, dijo Emmet, era difícil de explicar: el sonido de las pisadas, el resplandor de la brasa de un cigarrillo que iluminaba por un instante el rostro de alguien. Estaban haciendo historia, les dijo el sacerdote, y cuando amaneció, vio a hombres con brazaletes amarillos vestidos con trajes de domingo bajo los árboles. Y, según Emmet, eso fue todo. Cantaron «By the Rivers of Babylon» y regresó afónico y con la ropa más sucia que su madre había visto jamás. Tanto que tuvo que lavarla dos veces

—¿Estaban en la carretera de Athenry? —preguntó su padre—. ¿Los terrenos?

Para la familia Madigan, la ubicación de los terrenos a las afueras de Galway se convirtió en un misterio sin resolver. Qué le había ocurrido a Dan después de marcharse a la universidad era otro misterio. Regresó por Navidades y discutió con la abuela sobre la necesidad de tomar precauciones. Esta estaba completamente a favor de tomarlas, lo cual era muy gracioso según su hermana Constance, porque «precauciones» era lo mismo que decir condones. Más tarde, después de flambear el pudín, Dan se cruzó con Hanna en el pasillo y la abrazó mientras le decía: «Sálvame, Hanna. Sálvame de esta gente espantosa». Y la estrechó muy fuerte.

El día de Año Nuevo, un sacerdote acudió a la casa y Hanna lo vio sentado en la sala de estar con sus padres. El pelo del sacerdote aún tenía la marca del peine, como si lo tuviera húmedo, y su abrigo, colgado bajo la escalera, era suave, muy negro.

Después de aquello, Dan regresó a Galway y no pasó nada más hasta las vacaciones de Semana Santa, cuando anunció que quería ser sacerdote. Lo anunció a bombo y platillo durante la comida del domingo, que era cuando los Madigan engalanaban la mesa sin excepción con un mantel de tela y servilletas en condiciones. Ese domingo, que era Domingo de Ramos, comerían col en salsa blanca con beicon y zanahorias: verde, blanco y naranja, como la bandera irlandesa. Había un vasito con perejil sobre el

mantel y la sombra del agua temblaba al sol. Su padre unió sus enormes manos y dio gracias. Después se hizo el silencio, aparte del sonido que hacían al masticar, evidentemente, y del que hacía su padre al carraspear más o menos a cada minuto.

—Ejem-ejem.

Los padres se sentaban en ambos extremos de la mesa, los hijos a los lados. Las chicas frente a la ventana, los chicos frente a la habitación: Constance y Hanna, Emmet y Dan.

El fuego crepitaba en la chimenea y el sol brillaba de vez en cuando, de manera que, cada cinco minutos, se asaban por partida doble.

Dan dijo:

—He vuelto a hablar con el padre Fawl.

Casi estaban en abril. Había llovizado. La luz clara multiplicaba el reflejo de las gotas en el cristal de la ventana mientras, en el exterior, las hojas nuevas se rebatían contra las ramas empapadas.

En el interior, su madre aferraba un pañuelo de papel con la mano. Se lo llevó a la frente.

—Oh, no —dijo, girando la cara.

Se veían las zanahorias en el interior de la boca.

—Dice que os debo preguntar de nuevo. Que es difícil para aquellos que no cuentan con el apoyo de su familia. Para mí es una decisión trascendental y dice que debo pedirlos, que debo rogaros que no antepongáis vuestros propios sentimientos y preocupaciones.

Dan habló como si estuvieran a solas. O habló como si estuvieran en un salón de actos. Pero aquello era una comida familiar y no se parecía a nada de eso. Se notaba que a su madre le habían entrado ganas de levantarse de la mesa pero que se estaba conteniendo.

—Dice que debo implorar vuestro perdón por la vida que habíais deseado para mí y los nietos que nunca tendréis.

Emmet resopló sobre el plato. Dan apretó las manos sobre el mantel antes de asestarle una colleja rápida y enérgica a su hermano menor. Su madre contuvo el aliento, como un caballo que se dispusiera a saltar un foso, pero Emmet evitó el golpe y, des-

pués de un largo segundo, su madre volvió en sí. Bajó la cabeza, como si quisiera ganar velocidad. Comenzó a emitir un gemido, tenue e inarticulado. El sonido, además de causarle sorpresa, debió de complacerla, porque lo repitió. El siguiente gemido fue suave y prolongado, con un bisbiseo antes de la cadencia final.

—Oh, Dios —dijo.

Echó hacia atrás la cabeza y parpadeó mirando al techo, una vez, otra.

—Oh, Dios mío.

Las lágrimas comenzaron a surcarle las sienes una encima de otra, hasta el nacimiento del pelo: una, dos, tres, cuatro. Se quedó así un momento, mientras los hijos observaban y fingían no hacerlo, a la vez que su marido carraspeaba en silencio.

—Ejem- ejem.

La madre levantó las manos y agitó las muñecas para remanergarse. Se secó la humedad de las mejillas con la palma y, con los dedos, deformes y huesudos, se atusó el pelo, que siempre llevaba recogido en un moño. Luego se enderezó y se quedó mirando a la nada con gran atención. Cogió el tenedor y ensartó un trozo de beicon que se llevó a la boca, pero el roce de la carne con la lengua fue su perdición: el tenedor cayó al plato y el beicon se desprendió. Puso los labios como si fuera a llorar —unidos hacia la mitad y abiertos a ambos lados—, lo que Dan llamaba el modo «bocaza de rana», luego inspiró ruidosamente y exclamó:

—Aaag-aaahh. Aaag-aaahh.

A Hanna le pareció que su madre tendría que haber dejado de comer o que, si aún tenía hambre, podía haberse llevado el plato a otra habitación para llorar a sus anchas, aunque claramente esto no se le había ocurrido a la interesada, que continuó sentada, comiendo y llorando al mismo tiempo.

Mucho llorar, poco comer. El pañuelo trabajó sin descanso y acabó hecho jirones. Era espantoso. El dolor era espantoso. Su madre se estremecía y escupía, se le caían tropezones de zanahoria de la boca que iban formando montoncitos.

Constance, la mayor, ordenó con un gesto al resto de hermanos que dispusieran platos y tazas ante su madre, mientras que ella continuaba babeando, de una manera u otra, sobre la comida.

—Oh, mami —dijo Constance, inclinándose hacia ella y rodeándola con el brazo, antes de retirarle el plato con discreción.

Dan era el primer varón, por eso le correspondía cortar la tarta de manzana, cosa que se dispuso a hacer, paleta de plata en mano, a contraluz ante la ventana.

—Conmigo no cuentes —dijo su padre, que había estado jugueteando tímidamente con el asa de su taza. Se levantó y salió de la habitación. Dan dijo:

—Entonces somos cinco. ¿Cómo voy a cortarla en cinco trozos?

Había seis Madigan. El número cinco era una novedad, pensó mientras trazaba una cruz en el aire con la paleta y luego la giraba dieciocho grados a la derecha. Se había inaugurado un nuevo ciclo de relaciones familiares. Lo nunca visto. Como si pudiera existir un número indeterminado de Madigan y, aguardando en el mundo exterior, un número indefinido de tartas de manzana.

Mientras escarbaba en el postre con una cucharilla, el llanto de su madre se convirtió en una extraña serie de hipidos entrecortados (fuuu, fuuu, fuuu). Los chicos también encontraron consuelo en el hojaldre y en el dulzor con aroma a madera de las manzanas del otoño anterior. Aun así, ese domingo nadie tomó la tarta con helado, ni nadie lo solicitó, aunque todos sabían que quedaba un poco: estaba en un rincón del congelador, en la esquina superior derecha de la nevera.

Después de aquello, su madre se marchó a la cama y Constance tuvo que quedarse en casa en lugar de regresar a Dublín en autobús. Estaba furiosa con Dan: empezó a lavar los platos sin ningún miramiento mientras él subía a su habitación a leer sus libros y su madre se acostaba tras la puerta cerrada. El lunes, su padre fue a Boolavaun y regresó a casa por la noche, sin manifestar ninguna opinión.

Aquella no era la primera vez que la madre optaba por la posición horizontal, como la llamaba Dan, pero era el lapso más largo que Hanna recordaba. La cama crujía de vez en cuando. Sonaba la cadena del retrete y la puerta del dormitorio volvía a

cerrarse. El Miércoles Santo salieron antes del colegio y ella seguía encamada. Hanna y Emmet merodeaban por la casa, grande y silenciosa en su ausencia. Todo parecía extraño e inconexo: la curva de la barandilla en lo alto de las escaleras, el pequeño despacho sin bombilla, la mancha de humedad en el papel pintado del comedor, extendiéndose por el bosquecillo de bambú.

Después, cuando Constance subió al piso de arriba y les arreó un sopapo, comprendieron —demasiado tarde— que habían alborotado mucho y habían sido desconsiderados aunque pretendían ser joviales y divertidos. Cayó al suelo una taza, una lengua de té frío se extendió hacia el libro de la biblioteca que había encima de la mesa, un cinturón de cuero blanco resultó ser de plástico después de que Emmet lo usara de brida con Hanna y la sacara a hombros por la puerta delantera. Después de cada desastre, los chicos se dispersaban y actuaban como si no hubiera sucedido nada. Y nada sucedía. Ella continuaba dormida en el piso de arriba. O muerta. El silencio era más apremiante, más cadavérico. El silencio empezaba a ser trágico, hasta que el picaporte golpeó la pared y su madre salió de manera precipitada de la habitación. Bajó las escaleras como un rayo, con el pelo revuelto y la sombra de los pechos balanceándose bajo el algodón de la bata, la boca abierta y la mano levantada.

Quizá rompería otra taza, o tiraría la tetera entera, o arrojaría el cinturón roto en el parterre a través de la puerta abierta.

— Ya está —sentenció.

— ¿Ya estáis contentos?

— Yo también sé devolver un golpe —dijo.

— ¿Qué os habéis creído?

Se quedó mirándoles un instante, como si se preguntara quiénes eran aquellos niños desconocidos. Después de un momento de confusión, dio media vuelta y volvió a encerrarse en el dormitorio dando un portazo. Diez minutos más tarde, o veinte, o media hora, la puerta se abrió una rendija y su madre dijo con un hilo de voz:

— ¿Constance?

Estas escenas tenían algo de cómico. Dan torcía el gesto antes de volver a enfrascarse en su libro, Constance preparaba el té

y Emmet hacía algo muy noble y puro: traía una única flor del jardín, le plantaba a su madre un beso solemne. Hanna no sabía qué hacer, salvo entrar en la habitación y dejarse querer.

—Mi niña. ¿Cómo está mi pequeña?

Mucho después, cuando todo estaba olvidado, con la tele puesta y tostadas de queso para acompañar el té, su padre regresó de la finca de Boolavaun. Subió los escalones, uno a uno, y después de llamar dos veces, entró en el dormitorio.

—¿Entonces? —dijo, antes de cerrar la puerta silenciando sus palabras.

Tras un buen rato, bajó a la cocina y pidió un té. Dormitó en silencio durante una hora aproximadamente y se despertó sobresaltado con las noticias de las nueve. Luego apagó la tele y preguntó:

—¿Quién de vosotros ha roto el cinturón de vuestra madre? Decídmelo ahora mismo.

Y Emmet dijo:

—Ha sido culpa mía, papá.

Se puso en pie con la cabeza gacha y las manos pegadas al cuerpo. Emmet te sacaba de quicio de lo obediente que era.

El padre sacó una regla de debajo del mueble de la tele y Emmet le tendió la mano. El padre sostuvo la punta de los dedos hasta el último milisegundo antes de descargar el golpe. Luego se giró y suspiró mientras devolvía la regla a su sitio.

—A la cama —ordenó.

Emmet se marchó con las mejillas encendidas y Hanna recibió una caricia barbuda de su padre, que consistía en rozarle la mejilla con los pelillos de la barba después de darle un beso. Su padre olía a la jornada de trabajo: aire libre, gasolina, heno y, de fondo, una reminiscencia a ganado y, aún más allá, a leche. Cenaba en Boolavaun, donde seguía viviendo su madre.

—Vuestra abuela os desea buenas noches —dijo. Otra especie de broma suya. Y ladeó la cabeza—. ¿Te vienes mañana conmigo? Claro que sí.

Al día siguiente, que era Jueves Santo, montó a Hanna en el Cortina naranja, que crujía cada vez que se abría la puerta. Pasados

unos kilómetros comenzó a tararear. El cielo se volvía cada vez más blanco a medida que se aproximaban al mar.

Hanna adoraba la casita de Boolavaun: cuatro habitaciones, un porche repleto de geranios, la montaña en la parte de atrás y, delante, el cielo impredecible. Si cruzabas el extenso prado, llegabas a un camino en pendiente desde donde se divisaban las islas Aran en la bahía de Galway y los acantilados de Moher, que también eran famosos, a lo lejos, en dirección sur. Este camino se convertía en una vereda que cruzaba el pedregal de Burren y discurría junto a la playa de Fanore, el sendero más hermoso del mundo sin lugar a dudas, decía su abuela —«celebrado en las canciones y en los cuentos»—, con rocas que formaban tímidos muros antes de desparramarse por los campos y pastos pedregosos llenos de flores dulces y singulares.

Y si levantabas los ojos del paso escarpado, siempre te encontrabas con una vista distinta: las islas dormitando en la bahía, las nubes que sombreaban el agua, el oleaje del Atlántico contra los acantilados distantes, silencioso penacho de espuma.

Abajo quedaban las losas de caliza conocidas como Flaggy Shore, rocas grises bajo el cielo gris. Había días en los que el mar grisáceo resplandecía y era imposible distinguir si despuntaba el amanecer o si se avecinaba el ocaso, la vista no acababa de ajustarse. Era como si las rocas absorbieran la luz y la escondieran. Eso es lo que pasaba con Boolavaun, era un lugar que sabía ocultarse.

Y Hanna adoraba a la abuela Madigan, una mujer que parecía tener mucho que decir, pero que nunca soltaba prenda.

Cuando llovía, los días se hacían muy largos: su abuela siempre andaba de un lado para otro, movía cosas, las frotaba sin ton ni son; les echaba de comer a unos gatos que nunca atendían a su llamada, o perdía alguna cosa que había tenido en la mano hacía menos de un minuto. No había mucho de qué hablar.

—¿Qué tal la escuela?

—Bien.

A Hanna no le permitían tocar casi nada. Menos aún el aparador de la salita donde se guardaba la porcelana. Otras superficies estaban cubiertas de macetas de geranios en distintas fases de floración y declive; había toda una balda de plantas amputadas

en un alféizar de la parte de atrás, con las ramas bulbosas truncadas. Las paredes estaban desnudas, excepto por un cuadro de los lagos Killarney en la salita y un crucifijo negro y liso sobre la cama de la abuela. Ni rastro del Sagrado Corazón, ni agua bendita, ni ninguna Virgen. Cuando le daba por ir, la abuela Madigan asistía a misa con una vecina, y recorría ocho kilómetros en bici para llegar a la tienda más cercana lloviera o tronara. En caso de enfermedad —y nunca enfermaba— estaría en apuros, porque nunca ponía un pie en la Farmacia Considine.

Ni lo había hecho antes, ni lo haría nunca.

A Hanna le interesaban sus motivos porque, tan pronto como su padre desapareció en busca del ganado, su abuela la llevó a un rincón —como si hubiera un gentío observándolas— y le entregó un billete de una libra.

—Ve donde tu tío —le dijo—. Y pídele la crema de la última vez.

La crema era algo horrible, cosas de señora mayor.

—¿Y qué le digo? —preguntó Hanna.

—Oh, nada, no hace falta —dijo su abuela—. Él ya lo sabe.

Claramente, Constance se había encargado de esa tarea hasta entonces, y ahora era el turno de Hanna.

—De acuerdo —dijo Hanna.

El billete de una libra que le entregó su abuela estaba doblado por la mitad y enrollado. Como Hanna no sabía dónde guardarlo se lo metió en el calcetín para no perderlo, deslizándolo junto al hueso del tobillo. Miró por una ventana y distinguió la intensa luz marina, luego por la otra y vio la carretera que conducía al pueblo.

Los Considine y los Madigan no se llevaban bien.

Cuando el padre de Hanna regresó para tomar el té, su figura llenó por completo el umbral y tuvo que agacharse para pasar. Hanna habría preferido que la abuela le hubiera pedido la crema a su hijo, fuera lo que fuera, aunque presentía que tenía que ver con la sangre rojo encendido que había visto en su orinal, que estaba incorporado en una silla con un agujero en el asiento.

La casa de Boolavaun tenía cuatro habitaciones. Hanna entró en todas y escuchó con atención los distintos sonidos de la lluvia.

Se quedó en el dormitorio trasero que su padre había compartido con sus dos hermanos más jóvenes, que ahora vivían en América. Observó las camas donde solían dormir.

En la cocina, su padre se había sentado frente al té y la abuela leía el periódico que él le traía todos los días del pueblo. Bertie, el gato, se restregaba contra los ásperos pies de la abuela y la radio estaba desintonizada.

Sobre el fogón, una olla grande llevaba el agua a ebullición con una lentitud épica.

Después de la lluvia salieron en busca de huevos. Su abuela llevaba un cuenco blanco esmaltado decorado con una delgada franja azul y algunos desconchones aquí y allá, que dejaban el metal negro al descubierto. Agachada, avanzó rápidamente más allá del gallinero hasta el seto que separaba el patio del huerto. Hurgó entre los arbustos, curioseando entre las ramas.

—¡Ajá! —exclamó—. Te pillé.

Hanna gateó junto a los pies encallecidos de la abuela para recoger el huevo bajo el seto. Era marrón y estaba manchado de caca de gallina. La abuela lo sostuvo en alto para admirarlo antes de depositarlo en el cuenco vacío, donde rodó con un sonido hueco y amenazador.

—Baja hasta allí —le dijo a Hanna—. Y comprueba si hay alguno en los huecos del muro.

Hanna fue adonde le indicaba. En aquella finca había muros por doquier pero Emmet y ella tenían prohibido escalarlos por miedo a que se desprendiera alguna piedra y les cayera encima. Los muros eran más antiguos que la casa, aseguraba la abuela: tenían miles de años, eran los muros más antiguos de Irlanda. De cerca, se distinguían en las piedras motas blancas y monedas de liquen amarillo, que refulgían al sol como el dinero. Y había un huevo blanco e impoluto encajado en una grieta donde crecía la hierba de Santiago.

—¡Ajá! —exclamó la abuela.

Hanna depositó el huevo en el cuenco y la abuela metió los dedos para impedir que los dos hallazgos entrechocaran. Hanna se coló en el gallinero de madera para recoger el resto, un lugar que olía a rancio, paja vieja y plumas, mientras la abuela esperaba

en la puerta y bajaba el cuenco para recibir cada huevo que ella encontraba. De camino a la casa, la anciana se agachó y levantó a una de las aves que estaba escarbando en el patio con tal facilidad que no tuvo ni que soltar los huevos. Cada vez que Hanna intentaba coger un ave esta salía despavorida tan rápido que le preocupaba provocarle un ataque al corazón, pero su abuela la había agarrado como si nada y la llevaba bajo el brazo, con las plumas color teja refulgiendo bajo el sol. Un gallo joven, a juzgar por el penacho negro de plumas timoneras que asomaban allí donde algún día, cuando creciera, luciría una iridiscente cola verde.

Mientras atravesaban el patio trasero, el padre de Hanna salió del garaje, que estaba en una construcción aledaña entre el establo y el cobertizo para la turba. La abuela se puso de puntillas para entregarle el ave y esta se balanceó al pasar de una mano a otra. Su padre tenía al gallo asido por las patas con una mano y con la otra sujetaba un hacha casi por la hoja. La sopesó mientras se dirigía hacia un banco roto en el que Hanna nunca había reparado, instalado debajo del alero del tejado del garaje. Sujetó la cabeza del animal sobre la madera, de manera que estirase el pico, y se la cortó.

Lo hizo con la misma facilidad con que la abuela había levantado al ave del suelo, del tirón. Sostuvo el gallo sacrificado en alto y bien alejado mientras la sangre manaba y goteaba sobre los adoquines.

— ¡Oh! — exclamó la abuela, como si se hubiera perdido algo precioso. Los gatos aparecieron de repente, levantándose sobre las patas traseras para alcanzar el tajo del cuello del gallo.

— ¡Fuera! — exclamó el padre, espantando uno con la bota, mientras le pasaba a Hanna el ave, que aún aleteaba, para que la sujetase.

Hanna se sorprendió al notar calor en las patas del gallo, que eran escamosas y huesudas y no deberían desprender calor en absoluto. Comprobó que su padre se reía de ella antes de dejarla sola y entrar en la casa. Hanna apartó de sí todo lo que pudo el gallo sujetándolo con ambas manos y procuró que no se le cayera, pues el ave no dejaba de aletear y de revirar en torno al punto donde antes tenía la cabeza. Uno de los gatos enganchó la

carnosa cresta entre los dientecillos y se escabulló con la cabeza colgando bajo el mentón blanco. Normalmente Hanna se habría puesto a gritar ante tal escena — el cuello flácido y desgarrado y la mirada ultrajada del gallo —, pero estaba demasiado ocupada intentando que el cadáver no se le escapara de las manos. Tenía las alas desplegadas y las plumas bermejas erizadas, dejando al descubierto el revés amarillento. Un chorro de mierda salía de entre las plumas negras de la cola, emulando la sangre que manaba del pescuezo.

Su padre salió de la cocina con una tina de agua que depositó sobre los adoquines.

— Ahí sigue — dijo.

— ¡Papá! — gritó Hanna.

— Son solo reflejos — contestó él.

Pero Hanna sabía que se estaba riendo de ella, porque pronto todo terminó, el despojo soltó otro espasmo y su abuela emitió un sonido que Hanna no había oído nunca, un cacareo jovial que notó en la piel del cuello. La anciana regresó a la cocina para dejar los huevos en el aparador y salió hurgándose en el bolsillo del delantal, del que sacó un pedazo de bramante. Mientras tanto, su padre por fin cogió el gallo y lo sumergió en la tinaja de agua hirviendo.

Incluso entonces el cadáver se convulsionó y batió las alas con fuerza, dos veces, contra las paredes de la tina.

El despojo salió del agua y volvió a entrar. Luego se quedó inmóvil.

— Ahora te toca a ti — le dijo él a su madre, mientras sostenía una pata en alto para que pudiera atar el trozo de bramante.

A continuación, Hanna vio cómo su abuela colgaba al gallo por una pata de un gancho del garaje y lo desplumaba con un sonido desgarrador. Las plumas húmedas se le pegaban a los dedos a puñados, para desprenderlas tenía que dar palmas y sacudirlas en el delantal.

— Ven aquí para que te enseñe cómo se hace — le pidió.

— No — dijo Hanna, que no se había movido del umbral de la cocina.

— Vamos — dijo su abuela.

— Que no — contestó la niña, llorando.